



Josep-Ignasi Saranyana

“Juan de Palafox en Barcelona (1630)”

p. 131-156

Un hombre de libros: homenaje a Ernesto de la Torre Villar

Alicia Mayer (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2012

258 p.

Fotografías, croquis y cuadros

ISBN 978-607-02-2781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/559/hombre_libros.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



JUAN DE PALAFOX EN BARCELONA (1630)*

JOSEP-IGNASI SARANYANA

PRESENTACIÓN

Muy aficionado era Don Ernesto de la Torre Villar a la Puebla de los Ángeles, a donde me llevó a los pocos días de mi primer viaje a México, a finales de octubre de 1988. Me guió por las pintorescas calles de esa bellísima ciudad (aunque en aquella ocasión no pude entrar en la Palafoxiana, porque estaba anunciada la visita del presidente de la República y todo eran controles). Nos dimos un paseo por el asombroso Mercado de las Pulgas, donde, como es obvio, adquirimos algunas piezas de artesanía local, que todavía conservo. Me acompañó después a la sala del cabildo poblano, para admirar el magnífico retrato de Juan de Palafox, pintura que he contemplado en otras ocasiones, aunque ya no guiado por Don Ernesto.

De la Torre fue muy adicto a Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla. Lo cuenta en una conversación que mantuvo en 1998 con Claudia Márquez para la revista *Anuario de Historia de la Iglesia*. Después de declarar nuevamente su amor a la capital angelopolitana, y de señalar que siempre le interesó el desarrollo educativo de esa villa, añade: “Y justamente al historiar la creación de colegios e instituciones, prendió mi interés por el Venerable Juan de Palafox y Mendoza y he procurado enterarme mejor de su vida, de su gran personalidad. Realmente este obispo de Puebla, también arzobispo [preconizado] de México, y virrey y visitador de Nueva España, fue

* El licenciado Lluís Permanyer, cronista de la ciudad de Barcelona y redactor de *La Vanguardia*, ha respondido con una admirable prontitud a mis consultas. El doctor Santiago Torras Trilló, historiador del ducado de Cardona, me ha facilitado su tesis doctoral, todavía inédita cuando escribo estas líneas, para completar la información que se lee en el *Diario de Palafox*. También reconozco mi deuda con la licenciada María Victoria Pedemonte Saranyana, por su colaboración.

uno de los gobernantes más excepcionales que tuvo América en el siglo XVII, y un jurista y escritor místico de primera”.¹

Como homenaje *in memoriam*, que don Ernesto contemplará ya desde la otra orilla, he estudiado la relación de Juan de Palafox con mi ciudad de Barcelona, tomando pie del *Diario del viaje a Alemania*, texto palafoxiano poco conocido, redactado durante la expedición que emprendió para acompañar a Viena a la reina de Hungría, doña María Ana, infanta de España, hermana de Felipe IV, casada por poderes con Fernando de Habsburgo, rey de Hungría, después Fernando III, emperador del Sacro Imperio. La numerosa comitiva partió de Madrid el 19 de diciembre de 1629, siendo Palafox ya sacerdote, y llegaron a Viena a mediados de febrero de 1631, aunque no todos, pues hubo muchas defunciones durante el viaje y algunos se regresaron a España antes de entrar en los Alpes. El itinerario fue de Madrid a Barcelona, pasando por Zaragoza y Lleida; de la ciudad condal a Mónaco, Génova y Nápoles, por mar; de Nápoles a Loreto (sin tocar la ciudad de Roma) hasta Ancona. De Ancona, navegando, a Trieste, sin detenerse en Venecia. De Trieste se adentraron hasta Viena, cruzando los Alpes, que estaban muy nevados. Aquí terminó su relato.

Palafox regresó a Madrid por Bohemia, Suabia, el Palatinado, Flandes y Francia. Las dos estancias más largas fueron en Barcelona: de los carnavales de 1630, hasta el 16 de junio, en que partieron las galeras que transportaron el cortejo a Italia; y en Nápoles: de agosto a primeros de diciembre de 1630, esperando que amainase la peste declarada en muchos puntos de Italia, especialmente en Venecia.²

Antes de entrar en Cataluña, Felipe IV se ausentó de la comitiva con hartazgo, sin despedirse de su hermana, pues no quería lastimarla más, y regresó a Madrid. Continuaron la jornada hacia Viena, acompañando a la reina, unas mil ochocientas personas.³

¹ Claudia Márquez Pemartín, *Conversación en México con Ernesto de la Torre Villar*, p. 342. Cfr. Ernesto de la Torre Villar, *Don Juan de Palafox y Mendoza. Pensador político*, México, UNAM, 1997.

² Véase un resumen del viaje, sobre la base del *Diario del viaje a Alemania*, pero también tomando en cuenta otra documentación, en Cristina de la Cruz de Arteaga y Falguera, *Una mitra sobre dos mundos*, p. 62-71. Para el contexto político del enlace entre María Ana y Fernando de Habsburgo, los preparativos del viaje y el desarrollo de éste desde Madrid a Barcelona, cfr. María Prevosti Vives, *María d'Hongria a Barcelona*.

³ *Diario del viaje a Alemania*, p. 29. “Finalment la reina d'Hongria va haver de viatjar fins a Barcelona únicament amb la seva pròpia casa i recambra; protagonitzant Felip IV el conegut acte de desafiament a Olivares, seguint en el camí a la seva germana més enllà del que aquest ministre li havia determinat. El pas pel Principat era només una de les primeres etapes del llarg periple que li esperava: des del dia 8 de febrer de 1630 fins a 12 de juny

El relato, en lo que mira específicamente a Cataluña (y concretamente a Barcelona), tiene importantes anotaciones sobre el carácter de los naturales, su modo de vestir, la forma de divertirse, la densidad demográfica, el puerto de la ciudad condal, la muralla, las edificaciones, la orografía del contorno, la vida económica, etc. Sorprenden las extraordinarias dotes de observación de Palafox y su capacidad de levantar acta de los sucesos, teniendo en cuenta que sólo estuvo en esas tierras algo más de cuatro meses. También admira su capacidad de descripción de los acontecimientos y del marco urbano, que superan cualquier examen cartográfico moderno.

ENTRADA EN CATALUÑA

En su *Diario* Palafox se despidió de Aragón, antes de pasar a Cataluña, con palabras muy expresivas:

Es hermosísima ciudad Zaragoza, en cielo, suelo, casas, calles, campo, vega, templos, santuarios y reliquias; puede competir con las mejores de Europa; vale al Rey este Reino [de Aragón] poca renta, por haber servido siempre los naturales adquiriendo coronas a sus Reyes, y tributando sangre por plata.⁴

Reconoce que “la expulsión de los moriscos empobreció la tierra [de Aragón], e hizo que se reconociese la falta de gente”.⁵ Como miembro ya experimentado del consejo de Guerra, atiende especialmente a cuatro aspectos, cuando proyecta su mirada sobre los pueblos: la fidelidad al rey, la densidad demográfica, la capacidad económica y la viabilidad de los caminos, que son malos y peligrosos de transitar (de hecho hubo varios accidentes y algunos muertos, por el mal estado de los puentes o de las pistas). Visto lo que había afirmado de Aragón, de Cataluña dice lo siguiente:

Tierra descansada, aunque no rica, sin servicios ni gastos extraordinarios, los naturales más prevenidos que pródigos, atentos sobremanera al propio negocio y a la pública conservación, celosos de sus Constituciones y observancia, recelosos de los Ministros, mal acondicionados,

del mateix any la germana de Felip IV va romandre aturada a Barcelona; eren més de quatre mesos d'espera per a bones condicions en la navegació i de bones perspectives de finançament per a continuar el pompós viatge” (Santi Torras i Tilló, *Els Ducs de Cardona. Art i poder (1575-1690)*, cap. III, p. 93).

⁴ *Diario del viaje a Alemania*, p. 38-39.

⁵ *Ibidem*, p. 37.

que es necesario sufrirlos y que no saben sufrir, llevados por amor darán antes la sangre que el dinero, afectos a la felicidad de su Rey, de servicio para la Corona si se usa con ellos de mucho arte y se confía con llaneza y atención [...] Juntas las dos Coronas de Aragón y Castilla, se acabó el nombre de Cataluña, quedando sólo formidable a los pasajeros que, robados con grande alevosía de hombres facinerosos que llaman bandoleros, temen sobremanera el pasar camino tan peligroso; el número de la gente es increíble, las poblaciones muchas, y siendo tierra montuosa y áspera, no hay palmo inhabitado.⁶

La descripción es muy ajustada, con un punto de exageración en sus apreciaciones demográficas. Señala el amor de los catalanes a sus constituciones y su desconfianza con relación al gobierno de Madrid. Téngase en cuenta, al leer estas palabras, que Palafox escribía a sólo diez años de la revolución de los catalanes contra la monarquía de los Austrias (la denominada “revuelta de los segadores”, de 1640-1642), que tuvo carácter nacionalista, por una parte, y un fortísimo componente social, contra la nobleza y los ricos patricios, por otra, aunque el motivo inmediato fue el malestar por la fuerte presencia de tropas castellanas en Cataluña, a causa de la guerra que España mantenía con Francia.⁷ Palafox se hace eco también de la recuperación demográfica del país, “con la paz de ciento sesenta años”, es decir, desde la terrible guerra civil de 1462 a 1472, entre el rey Juan II de Aragón, conde de Barcelona, y la Generalitat (o Diputación General), por el control de Cataluña. Habla de la resistencia de los catalanes a contribuir con tasas a los gastos de la monarquía española, en el contexto del viaje de la reina María a Viena.⁸ Destaca la pérdida de peso político de Cataluña, desde la unión de las dos monarquías hispánicas (Castilla y Aragón). Y se refiere, por último, a la proliferación del bandolerismo y a la peligrosidad de los caminos.

Palafox escribe quince años después de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*. En esa segunda parte, publicada en 1615, Cervantes situó a Don Quijote viajando por Cataluña. Es conocido el largo capítulo LX en que Sancho Panza se topa con numerosos

⁶ *Ibidem*, p. 41-42.

⁷ Francia declaró formalmente la guerra a España, en 1635, en el marco de la Guerra de los Treinta Años.

⁸ Además de exigir que costeara los gastos de la estancia del cortejo, la Corona pretendía —y al fin lo consiguió— que la ciudad entregase un generoso donativo a la reina María. Barcelona se resistió al donativo, porque llovía sobre mojado. Cuatro años antes, en 1626, la celebración de las Cortes en la ciudad condal habían supuesto un notable desembolso por parte de las arcas municipales, con el agravante de que Felipe IV, que las presidía, se ausentó de improviso de la ciudad, regresando a Madrid y dejando las Cortes inconclusas.

bandoleros ahorcados, que penden de los árboles como racimos, y con Roque Guinart, jefe de una de las cuadrillas, que, a la postre, habría de salvarlo del expolio y conducir al Hidalgo y a su escudero a la entrada de Barcelona:

No tienes de qué tener miedo —dijo Don Quijote—, porque estos pies y piernas que tientes y no ves [era todavía de noche] sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia, cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona. Y así era la verdad como él lo había imaginado.

Al partir, alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía, y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen, hasta que llegase su capitán [...]

—No estéis tan triste, buen hombre [dirigiéndose a Don Quijote], porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart,⁹ que tienen más de compasivas que de rigurosas.¹⁰

Palafox culmina sus impresiones generales sobre Cataluña, cerrado el episodio de los bandoleros, con las siguientes palabras: “[...] tanto número de gente ociosa, entregados al varonil delito del robar en la campaña, donde o matan facinerosos o mueren castigados, me ha sacado del viaje de la Reina al breve rodeo de este discurso”.¹¹

Dejemos de lado su amplio comentario sobre Montserrat (geografía, vida espiritual de los monjes y eremitas, descripción de la talla de la Virgen, accidentes sufridos por el cortejo en el acceso al monasterio y en el descenso de la montaña, etc.) y vayamos ya a la entrada en Barcelona.

⁹ Perot Roca Guinarda (o Rocaguinarda) fue un histórico y famoso bandolero catalán. Cuando se publicó *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* ya había sido indultado por el rey (30 de julio de 1611), a condición de salir desterrado por diez años, por lo que difícilmente se lo pudo encontrar Don Quijote, cuyo viaje a Barcelona transcurre en el verano de 1614. Trece años después Cervantes citó también al bandolero en *La cueva de Salamanca*.

¹⁰ *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, II, cap. LX.

¹¹ *Diario del viaje a Alemania*, p. 43. Por aquellos años hubo otro bandolero famoso, quizá el que ha tenido mayor reconocimiento literario y folclórico: Joan Sala i Ferrer, conocido también como Serrallonga, nacido en la provincia de Girona en 1594, fue ejecutado en Barcelona, en enero de 1634, tres años y medio después del paso de Palafox por la ciudad condal. Practicó secuestros (que se saldaban pagando rescate), asaltos a correos reales (que transportaban las recaudaciones) y muchos robos en masías (es decir, en casas de campo).

BARCELONA

El complejo protocolo

La comitiva real llegó a las puertas de Barcelona (al municipio de Sant Feliu de Llobregat) el 7 de febrero de 1630. Allí tuvo lugar un incidente protocolario, que Palafox describe con bastante detalle:

Es prolijo —comenta— lo ritual de los acompañamientos de esta Ciudad, y así está escrito en los libros de su Archivo, indispensable preceda el Virrey al Conseller en Cap; pero delante de entrambos no puede haber nadie sino es los Jurados, y entre éstos [los Jurados, por una parte, y el Virrey y el Conseller, por otra], nadie.¹²

Esta norma protocolaria dejaba en situación desairada al duque de Alba, designado jefe de la expedición por el rey Felipe IV. Parece que el virrey de Cataluña estaba dispuesto a ceder su lugar al duque de Alba, pero a esto “replicaba el Conseller que [según] los ejemplares pasados y preeminencias de Barcelona, sólo del Virrey de aquel Principado, y no de otro algún Señor, en semejantes actos se deja preceder [...]”¹³

En tal asunto se perdió un día, hasta que transigió el duque de Alba. Sin embargo, el asunto no terminó aquí, porque el arzobispo de Sevilla también se sintió relegado por el protocolo de Barcelona y protestó vivamente, hasta que por fin todo se resolvió, adelantándose el duque de Alba y el arzobispo, ambos a caballo, al coche de la reina.

Recordemos ahora qué era el Consejo de Ciento y cuál era la condición del conseller en cap, que exigía tantos derechos protocolarios. Este consejo fue creado por Jaime I en 1249. Nunca tuvo cien miembros. Estaba constituido por cuatro brazos: vecinos ilustres, mercaderes, artistas (o sea, gente con estudios) y menestrales (o representantes de los distintos oficios gremiales). A partir de 1274 se introdujo una cierta gradación dentro del Consejo de Ciento. Cada año, cinco de ellos eran elegidos por un colegio de doce miembros del Consejo (tres por cada uno de los cuatro brazos). Después, los cinco consejeros designaban a los cien prohombres

¹² *Diario del viaje a Alemania*, p. 51. En aquel año era Conseller en Cap Jordi de Fluvià, militar de profesión. También el *Llibre de les solemnitats de Barcelona*, cap. CCXXVIII, p. 175-184, se hace eco de los problemas protocolarios.

¹³ *Diario del viaje a Alemania*, p. 51.

para el nuevo Consejo. En 1325 se creó, por la dificultad de reunir a los cien, un consejo restringido de veinticinco miembros, que después pasaron a ser treinta. En 1455, el Consejo pasó a tener 128 miembros: treinta y dos por cada uno de los cuatro brazos (ciudadanos ilustres, mercaderes, artistas y menestrales). Una comisión de treinta y dos (ocho por grupo) preparaban los asuntos, que después se pasaban a la decisión de los 128. El poder ejecutivo era detentado por cinco miembros: el Conseller en cap (máxima autoridad municipal) y por cuatro consejeros (segundo consejero, tercero, cuarto y quinto). Los dos primeros salían del estamento de los ciudadanos honrados o ilustres; el tercero, de los mercaderes; el cuarto, de los artistas; y el quinto, de los menestrales. Conviene advertir, sin embargo, que con frecuencia las componendas políticas obligaron a modificar el número de consejeros (o de las personas admitidas a las votaciones). Palafox, siempre tan bien informado, constata que, cuando pasó por Barcelona, 144 ciudadanos tenían derecho de voto en el Consejo (128 representantes de los cuatro brazos y dieciséis nobles). El Consell de Cent fue abolido por Felipe V, primer rey Borbón, el 15 de septiembre de 1714, y nunca más ha sido restablecido.

El alojamiento

La comitiva acompañó a la reina

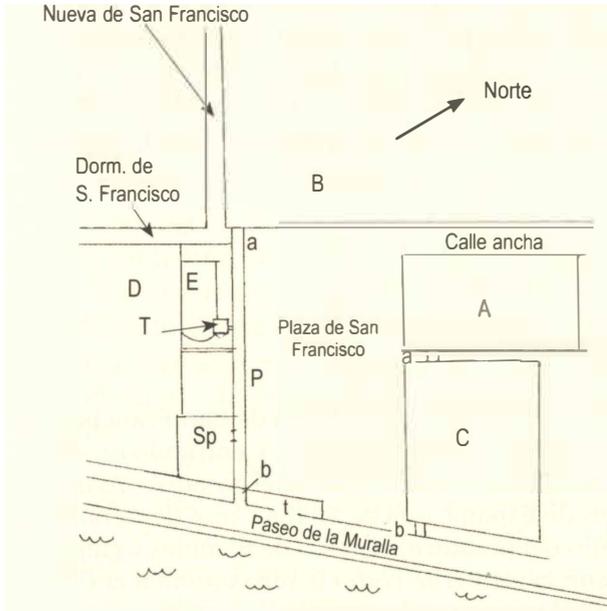
al Palacio-Casa del Duque de Cardona, en la Plaza de San Francisco; tiene pasadizo a la mar y tribuna a San Francisco, y entrando en ella pasó derechamente con las Damas a ver la mar por el pasadizo. Aguardábanla ocho galeras, seis de España, una de Sicilia y otra de Génova, hechas escuadras a los ojos del pasadizo, vistosas de flámulas y gallardetes, e hicieron salvas con la artillería, como la hizo también la Ciudad, cuando S. M. [la reina] fue entrando por ella.¹⁴

A pesar de las grandes reformas urbanísticas que ha sufrido el frente marítimo de Barcelona, se ha conservado la plaza de San Francisco, que ahora se denomina plaza del duque de Medinaceli. Esta plaza, de forma cuadrada, estaba delimitada por dos lados de edificios enfrentados entre sí (en uno de ellos estaba la fachada del convento de San Francisco y el pasadizo, y en el otro frente,

¹⁴ *Ibidem*, p. 54.

la casa del virrey); por un calle paralela al mar, dividida en dos tramos: Dormitori de Sant Francesc (ahora calle Anselm Claver) y su continuación la calle Ancha (carrer Ample), y por la muralla marítima. La muralla, que caía directamente sobre el mar, tenía un paseo en su parte superior y un terraplén, por la parte de la plaza, que daba acceso al paseo, situado en el lado del convento de San Francisco.

La ubicación del palacio donde se hospedó la reina María ha sido discutida, porque en la misma plaza había dos casas de los Cardona: enfrentada al mar, el palacio del duque de Cardona; y perpendicular al mar y enfrentada al convento de San Francisco, la casa del virrey, que también pertenecía al patrimonio de la familia Cardona. Véase el croquis adjunto.



- A: Palacio del virrey
- B: Casa palacio del duque de Cardona
- C: Casas que ampliaron el palacio del virrey
- D: Convento de San Francisco
- E: Iglesia de San Francisco
- T: Tribuna de los Cardona
- P: Pasadizo
- Sp: Salón del pasadizo
- a: Cavalcavias
- b: Puente de madera
- t: Terraplén

Plaza de San Francisco en 1630

Algunos historiadores han creído que la reina se hospedó en una casa que había sido propiedad de Pedro Folc de Cardona, virrey de Cataluña (1521-1523) y arzobispo de Tarragona (1515-1530), situada en la esquina de la calle Ancha con la plaza de San Francisco (casa A en el croquis), que por eso se llamaba casa del virrey (después casa del conde de santa Coloma y ahora sede del Registro

Civil). Su fachada principal daba a la plaza y estaba enfrentada al convento de los frailes menores. Lindaba en dirección al mar con la calle de la Merced, un pasaje muy estrecho perpendicular a la plaza y paralelo a la calle Ancha y al mar, que dividía en dos el lado de la plaza enfrentado al convento.¹⁵ Con el tiempo, pero ya en 1481, se agregaron a la casa del virrey las casas situadas entre la calle de la Merced y el mar, que daban también a la plaza de San Francisco, y se construyó un puente o “cavalcavia”, es decir, un paso elevado que, salvando la calle de la Merced, unió la casona virreinal con las casas que ocupaban la manzana contigua, entre la calle de la Merced y el mar (casa C en el croquis). Estas casas, a su vez, salvaban directamente la distancia que las separaba de la muralla por medio de un puente de madera, que ya existía en 1481, cuando se produjo la citada anexión entre A y C. En la mansión A se habían alojado, en épocas sucesivas, Fernando el Católico, Carlos I, Felipe II (en dos ocasiones), Juan de Austria y Felipe III, y habría sido también, según algunos, el lugar donde se hospedó la reina María.

Palafox, sin embargo, siempre tan preciso en su relato, indica que el palacio “tiene pasadizo a la mar y tribuna a San Francisco”.¹⁶ Esto nos lleva a otra casona de los Cardona (casa B en el croquis). La reina se habría hospedado en el palacio del duque de Cardona que tenía su fachada frente al mar. Se sabe, en efecto, que este palacio (resultado de la unión de la casa de los Moncada con otra casa adyacente de los duques de Cardona) tenía un paso elevado sobre la calle Ancha, que conducía directamente a un amplio pasadizo elevado de unos 115 metros de largo, sostenido por veinticuatro pilastras o columnas, construido en el solar del convento y paralelo a la iglesia de los franciscanos (letra P en el croquis). Este pasadizo, que llegaba hasta la muralla marítima de la ciudad, tenía 87 ventanas que daban a la plaza de San Francisco. En su extremo tenía unas vidrieras que ofrecían espléndidas vistas al mar y un gran salón. A este salón se podía acceder también por medio de una puerta, que permitía el ingreso directamente desde la plaza, subiendo por el terraplén de la muralla.¹⁷ Muchos años después, cuando

¹⁵ Cfr. Cèsar Martinell, *Arquitectura i escultura barroques*, II, p. 35; Agustí Duran i Sanpere, *Barcelona i la seva història*, I, p. 433-440; y Carme Narváez Cases, *El tracista fra Josep de la Concepció*, p. 167, nota 277.

¹⁶ *Diario del viaje a Alemania*, p. 54.

¹⁷ “[...] por vivir los reyes junto a la marina escogieron otra posada [distinta del Palacio Real] a esta parte [junto al mar]; y por ser muy a propósito las casas del duque de Cardona fueron escogida para este efecto. Y para tener las Cortes [de 1626] y comodidades arriba referidas, se fabricó una sumptuosa y hermosa galería fabricada con mucha arte, primor y

se derribó el pasadizo y el complejo de los franciscanos, en la primera parte de solar se edificó el palacio de los duques de Medinaceli y después la casona del patricio don Manuel Girona (hoy es el Hotel Duque de Medinaceli).

En su origen el palacio (B) había pertenecido al infante Enrique de Aragón y de Sicilia y era, según testimonios de la época, la mejor casa de Barcelona.¹⁸ El hijo del Infante se casó con Joana Folc de Cardona, heredera del ducado de Cardona. Tanto el “cavalcavia” sobre la calle Ancha como el pasadizo hasta la muralla, fueron contruidos para la visita de Felipe IV, en 1626, que se hospedó en el palacio ducal.¹⁹ Agustí Duran i Sanpere²⁰ y Santiago Torras i Tilló²¹ sostienen que la reina María se alojó en este palacio, opinión la más verosímil, vistas las notas que ha dejado Palafox.

En la iglesia de San Francisco había una tribuna elevada en el lado izquierdo o lado del evangelio, reservada a los Cardona, que daba directamente al presbiterio, de unos siete metros de frente y un saliente o balcón de casi un metro, con una pieza anterior, suficientemente amplia, pues en ella cabía el panteón de la familia del duque.

traça de cantería y madera, que tiene 425 pies de larga [unos 115 metros], tomando el trecho que ay desde las dichas ca as [del Palacio del Duque de Cardona] a la muralla que mira sobre el puerto y playa, de hermosíssima vista, con 87 ventanas con su puerta y zelosía por defuera verde, y por de dentro enluzida; y las que miran a la mar sus vidrieras, con puerta falsa sobre el terraplén de la muralla para salir y entrar en ella. Carga esta máquina sobre veynte y quatro columnas de piedra labrada; en medio della ay otro pasadiço que por la parte del Evangelio [la izquierda del presbiterio] tiene una tribuna donde se puede oyr misa en la iglesia de San Franci co, y otro que por tras de la capilla mayor passa al convento, obra de mucha importancia para un palacio” (Pau Clascar, *Felicíssima entrada del Rey Nuestro Señor*, f. 4-5 (cit. por Santi Torras i Tilló, *Els Ducs de Cardona*, cap. III, p. 33).

¹⁸ Esta casona fue saqueada en enero de 1641, durante la revuelta de Cataluña. Cfr. Pere Molas Ribalta, “La Duquesa de Cardona en 1640”.

¹⁹ “Aquest pont [cavalcavia] devia ésser el que unia la ca a, per antic privilegi singular, amb l’església de Sant Francesc i dominava no solament el pla de Framenors, sinó tot el carrer Ample” (Agustí Duran i Sanpere, *Barcelona i la seva història*, I, p. 437).

²⁰ “L’any 1630 la ca a del duc de Cardona era Palau de la reina d’Hongria Maria d’Àustria, germana de Felip IV, la qual, abans que tota altra cosa, eixí al pont a mirar el mar pel qual havia de navegar” (*ibidem*, p. 437).

²¹ “La plaça de Sant Francesc, juntament amb la galeria reial, novament seria l’escenari festiu més important. Per a l’ocasió s’havia allargat per la part de la muralla de mar ocupant un terraplè, tota ella estava emplenada per graderies i estrades des d’on es contemplaven les habituals funcions ciutadanes; en l’erigida davant les cases del comte de Santa Coloma, reservada a les dames de la reina d’Hongria, la Diputació exhibia una vistosa tapisseria mitològica representant la història de Mercuri. La mateixa galeria va ésser també amb tota probabilitat decorada amb tapissos de temàtica mitològica, abundant en episodis extrems de les Metamorfosi d’Ovidi; en el romanç de Rafael Nogués on descriu en versos la decoració interior, feia alusió a més de les històries de Mercuri (que podria correspondre a la tapisseria de la Diputació) a les d’Orfeu i Acteó” (Santi Torras i Tilló, *Els Ducs de Cardona. Art i poder (1575-1690)*, cap. III, p. 96).

Ésta es la tribuna aludida por Palafox varias veces en su relato. El historiador Barraquer y Roviralta describe la tribuna en San Francisco y el “cavalcavia” sobre la calle Ancha en los siguientes términos, citando al cronista franciscano Berardo Comes: “El Excmo. S. Duque de Cardona tiene al lado del Evangelio su famosísima tribuna, con sus armas, que desde casa, por un puente que había antiguamente [cavalcavia], venía a misa y otras celebraciones del oficio Divino, y [este derecho] no se alargaba a concesión, ni dominio alguno por eso en el presbiterio”,²² es decir, no tenía derecho a estar en el presbiterio con sillón y reclinatorio.²³ Barraquer añade, también siguiendo a Comes: “La casa de Moncada [o sea el Palacio de los Cardona] tenía panteón en una pieza anterior a la tribuna”.²⁴

En otro momento Palafox se refiere al *pasadizo*, diciendo que hubo una gran fiesta el martes 12 de febrero, último día de carnaval, en el “salón del pasadoizo” (letra Sp en el croquis) y que fueron muchas personas las que allí se reunieron. La reina siguió la fiesta durante unas siete horas, desde una celosía que había en la misma pieza. Este salón se hallaba al final de pasadoizo, ya cerca de la muralla y ya se había usado en 1626 para festejar al rey Felipe IV, con fiestas y bailes.²⁵

²² Cayetano Barraquer y Roviralta, *Las casas de religiosos en Cataluña durante el primer tercio del siglo XIX*, I, p. 446b. El cronista franciscano P. Berardo Comes escribió este testimonio en agosto de 1725, aunque tiene muchas adiciones de fechas posteriores.

²³ “El balcó, totalment fet en ferro, havia de tenir 34 pams de llargada [unos siete metros] i 4 de volada [85 centímetros], conformat per balustres amb les seves corresponents mènsules, sobre les que s’havien d’a sentar sis finestres amb gelosies abatibles, el sostre i olera sobresortints havien d’estar enrajolats amb ceràmica valenciana, i la tribuna s’havia de rematar amb les armes del duc fete també de ferro, que en el re ultat final estarien flanquejades per dos lleons” (Santi Torras i Tilló, *Els Ducs de Cardona. Art i poder (1575-1690)*, cap. III, p. 19).

²⁴ Cayetano Barraquer y Roviralta, *Las casas de religiosos en Cataluña durante el primer tercio del siglo XIX*, I, p. 446b.

²⁵ “Este pasadoizo que desde la ca a del duque de Cardona llega hasta la misma muralla de la mar, y va corriendo sobre la cerca de la igle ia y convento de san Francisco, fue fabricado nuevamente por orden de su Magestad, no sé si a costa de la capitania general; y poco antes de su venida. Es obra principal y de consideración y de grande recreo y hermosísima vi ta, que no sé si su Magestad tiene otra cosa en este género mejor en todos sus reynos. Tiene de largo 425 pies, con 87 ventanas con sus puertas y celosías, por de fuera verde y por de dentro blanqueado, es de madera y cantería, carga sobre 24 columnas de piedra. En el estremo que viene a dar sobre el mar ay como un salón rodeado de vidrieras para ver y no ser visto, y para gozar de la vi ta de tierra y mar y ciudad y puerto, aunque sea en tiempo de borrasca y viento. En medio deste pasadiço ay otro azia la iglesia de San Francisco y viene a dar en la tribuna sobredicha, que está a la parte del Evangelio, y otro que por las espaldas de la capilla mayor viene a dar en el convento. Cosa de mucha consideración” (Anónimo, *Relación de la entrada de Phelipe IV rey de España en la ciudad de Barcelona*, fols. 52-54, cit. por Santi Torras i Tilló, *Els Ducs de Cardona. Art i poder (1575-1690)*, cap. III, p. 33, nota 90).

El puerto

No existía el actual Paseo de Colón. Sí había, en cambio, un gran paseo que recorría la parte alta de la muralla, por la que desfilaban los barcelonenses en sus ratos de asueto, especialmente los burgueses, huyendo del agobio que suponía vivir en una ciudad densamente poblada y muy apretada dentro de las murallas. El nuevo puerto estaba pegado a la muralla. Era, entonces, un puerto bastante malo. El puerto primitivo estuvo al sur de la montaña de Montjuïc, entre la ladera sur de este monte y la antigua desembocadura del río Llobregat (ahora desviada dos kilómetros más al sur todavía). En 1438 comenzó la construcción del nuevo puerto, al norte de la montaña de Montjuïc, frente a la ciudad de Barcelona. Los temporales dificultaron muchos las obras, que no se encauzaron debidamente hasta 1477. Para ello, se tendió un espigón entre la costa y la pequeña isla de Maians, que se hallaba a unos cien metros de la costa. Con el tiempo, el mar rellenó de arena el ángulo formado por el espigón y la orilla, constituyendo, con la citada isla, una nueva plataforma, que ahora es el barrio de la Barceloneta. Sería mucho más tarde, en tiempos de Carlos III, es decir, en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se construyó el gran dique del este, popularmente conocido con el nombre de Rompeolas.

Palafox describe muy bien las condiciones físicas del puerto:

Hace puerto medianamente capaz un muelle mal guardado de los vientos de Mediodía y Lebeche [vientos del sudoeste]; los navíos que piden mucha agua [navíos con mucho calado] van aventurados y aun perdidos por la parte del Mediodía por unos bancos de arena que llaman los naturales Tascas y hacen cinta peligrosa desde la punta del muelle al Poniente.²⁶

No era nada fácil embarcar, especialmente para las damas, en corsetadas entonces y ataviadas con largos vestidos. Había que ir hasta la galera en una chalupa. Y tampoco había muelle, por lo que la entrada en la chalupa era también cosa ardua. Por eso dice Palafox que cuando la Reina embarcó hacia Nápoles “hízose una hermosa y artificiosa escala desde el pasadizo y Casa del Duque de Cardona, hasta poder cómodamente entrar la Reina en la Capitana Real [la galera capitana]”.²⁷

²⁶ *Diario del viaje a Alemania*, p. 55.

²⁷ *Ibidem*, p. 67.

Palafox describe también la muralla y sus defensas: “Los baluartes de la Ciudad sin arte, bien artillados, socorrida de armas en abundancia; con las que tiene en su armería, en la del Rey y del Reino, puede armar cumplidamente más de treinta mil soldados”;²⁸ cifra notable para la época, si se piensa que la ciudad de Barcelona contaba en esas fechas con unos cuarenta y tres mil habitantes como máximo.²⁹ Se advierte, en todo caso, que pesaba en Palafox su oficio de fiscal del Consejo de Guerra, cargo que desempeñaba en la corte desde hacía algún tiempo, y contemplaba el mundo desde tal perspectiva, cuando tantos indicios vaticinaban una guerra con Francia, que estalló, en efecto, cinco años después de este relato.

Gobierno de la ciudad

Como ya habrá advertido el lector, por la descripción del incidente protocolario de Sant Feliu de Llobregat, tenía poca simpatía Palafox hacia la forma de autogobierno ciudadana y sus formas democráticas, aunque fuesen éstas todavía fuertemente estamentales. Lo señala sin ambages:

Es el gobierno político de esta ciudad sobremanera pesado; excluida casi del todo la nobleza, fiado al pueblo, del cual se forma un Consejo de ciento cuarenta hombres, que ellos llaman el sabio, que nada tiene menos de sabio, a lo que dicen los cuerdos. Son cabeza de la Ciudad cinco Consellers que cada año sortean de diferentes bolsas en donde ellos mismos con otros Ciudadanos se insaculan [...] En ciento cuarenta y cuatro votos, se hallan sólo diez y seis caballeros admitidos, como huéspedes en la intervención y en la mano; los mercaderes y oficiales mecánicos [menestrales] son la mayor parte y la más poderosa. Éstos aseguran o desvían las resoluciones, déjense llevar de la autoridad de los Patricios, si se inclinan a negar concesiones, a defender y procurar preeminencias y libertades; hácese con esta mano soberbio el Pueblo, empeñado todo él en las resoluciones del Consejo [de Ciento], y arráiganse ruines humores en el cuerpo de la Ciudad.³⁰

Hace incluso una sugerencia al Consejo Supremo de Aragón (pues Palafox redactaba su *Diario* a petición del conde-duque de

²⁸ *Ibidem*, p. 55.

²⁹ *Cfr.* Antoni Simón y Jordi Andreu i Sugranyes, “La población de Barcelona en los siglos XVI y XVII”.

³⁰ *Diario del viaje a Alemania*, p. 55-56.

Olivares): “Podría tenerse atención en el Consejo [Supremo de la Corona de Aragón] a quien toca en no permitir tanta autoridad a la Ciudad ni Consellers, [...] porque la Ciudad está sobremanera libre y si no se mira por su reparo, peligrosa”.³¹ Sus sentimientos marcadamente aristocráticos y elitistas son innegables: “Los plebeyos siempre es mano de dureza, insolente mandando, rebelde obedeciendo, fácil a lo peor, dificultosa a lo bueno; a quien las amenazas no vencen ni avivan los premios”.³²

El remedio consistiría en comprometer a los nobles en el gobierno de la ciudad. Sugiere mano dura, porque los plebeyos

animados con el número [en el Consejo de Ciento] y baja naturaleza, se defienden sin temor o esperanza que les solicite o enfrene, tanto más en naciones arriscadas y belicosas [como Cataluña], criadas más que obedeciendo mandando las cosas de la Ciudad; rogados siempre, rogando nunca, cada día con las armas en las manos con pretexto de guardar la Ciudad, hechos escuadrones y compañías bien ejercitados, y armados ya de suyo sin tocar en las armas del común.³³

Por ello recomienda, además, “irles quitando a los Consellers la autoridad, luego la mano; conveniente sería no pedirles ahora (en lo cual no se aventura, pues niegan siempre) hasta tenerlos corregidos o enmendados”.³⁴ Sugiere la aplicación de la justicia con celeridad y que no haya dejación de potestad por parte del virrey y de las otras autoridades, es decir, “no descuidá[ndo]se con los que tienen procesos criminales”. Cuando haya que aplicar alguna sanción o pena dura, “la cual sino en el último punto no se debe usar”, hágase con prontitud para escarmiento de los delincuentes. Y aquí recuerda Palafox los alborotos de 1285, pacificados por el rey Pedro III el Grande de Aragón (Pedro II de Barcelona):

Así lo ejecutó el gran Rey D. Pedro en esta misma Ciudad, Príncipe de Prudencia, valor y arte admirable; primero vieron salir de Palacio muertos y arrastrados de las colas de sus caballos a Berenguer Oller, que tenía el Pueblo tiranizado, y a sus compañeros, que se pusiese el intento ni aun la prisión con que poniendo los ojos cada uno de los

³¹ *Ibidem*, p. 56.

³² *Ibidem*. Había dos Consejos: el de Castilla y el de Aragón, porque fueron dos monarquías las que se unieron en su cabeza, cuando contrajeron matrimonio Isabel y Fernando. Sobre la compleja organización del gobierno durante los Austrias, véase: José Antonio Escudero, *Felipe II*, p. 38-40, notas.

³³ *Diario del viaje a Alemania*, p. 57.

³⁴ *Ibidem*.

amigos del delincuente en el castigo, y recelando en su vida lo que veían en la ajena, callaron.³⁵

Se refiere, como es obvio, a la revuelta de los menestrales de Barcelona, ocurrida en marzo de 1285, un año de malísimas cosechas y de un notable aumento de los impuestos, porque el rey Pedro III necesitaba más recursos para sostener la guerra (1283-1285) que combatía (sólo con tropas valencianas y catalanas) contra los reinos de Francia y Mallorca y la República de Génova, que habían secundado la llamada a la cruzada, realizada por el papa Martín IV. Berenguer Oller y otros siete revolucionarios fueron colgados y arrastrados con gran crueldad por las calles de la ciudad, para escarmiento de los demás sublevados.³⁶

Su comentario conclusivo demuestra un notable conocimiento del arte de la política, con unas propuestas casi dignas de los cardenales Richelieu (†1642) y Mazarino (†1661). Para mantener quieta a Cataluña, nada de tropas extranjeras (es decir, castellanas) sino sólo habilidad del virrey, quien, con la debida asistencia por parte del Consejo Supremo de Aragón y con el apoyo de los nobles, debería dividir el brazo o estamento menestral, para restarle fuerza:

Todo esto necesitaba de tiempo y de atención atenta y aun desvelada de un Virrey valeroso y sagaz que ni desconfíe ni aventure las materias, acreditado en el Consejo Supremo, de donde sea asistido, que sepa, con el agrado a los nobles y con el arte, rendir al común, desviándolo entre sí y usando de la mano de los unos contra los otros, no habiéndose de introducir fuerza extranjera, peligrosa en este Principado sobre todo encarecimiento si no es muy superior.³⁷

De todas formas, la fuerza mayor o “causa justificada [para las resoluciones rigurosas]” llegaría sólo diez años más tarde, con la guerra de Cataluña de 1640. En fin: parece que Palafox intuía también el estallido de esa guerra secesionista, que fue, a la vez, guerra civil (entre dos facciones catalanas), guerra internacional (pues en ella se comprometió Francia, al menos a los comienzos) y guerra con Castilla, y revolución social. En todo caso, su opinión sobre Cataluña y más en concreto sobre Barcelona contrasta un

³⁵ *Ibidem*, p. 58.

³⁶ Cfr. Jordi Bolòs, *Diccionari de la Catalunya medieval* (ss. VI-XV), p. 45.

³⁷ *Diario del viaje a Alemania*, p. 58. Se refiere, como ya he señalado antes, al Consejo Supremo de Aragón, creado por Fernando el Católico. Éste tenía su sede en Madrid y supervisaba la actividad del virrey. Este consejo era distinto, evidentemente, del consejo que tenía el virrey a su vera, denominado Audiencia.

poco —pero no tanto, como veremos seguidamente— con la opinión vertida por Cervantes quince años antes, cuando, al concluir su *Don Quijote*, puso en boca del Hidalgo, mientras conversaba con don Álvaro Tarfe, las siguientes palabras:

Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única; y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto.³⁸

LA VIDA COTIDIANA DE LA REINA MARÍA

Impresión general de la ciudad

La ciudad de Barcelona causó una excelente impresión a Palafox, aunque discrepase de la organización de la política municipal y, en general, se fiase poco de los catalanes. La descripción orográfica y urbanística de la ciudad es muy expresiva:

Barcelona, por la parte de Levante, puerta por donde se entra en España, es Ciudad de mucho pueblo y nobleza, bastantemente capaz, murada más al adorno que no a la seguridad; algunos edificios grandes, pocos suntuosos, todos buenos, las calles estrechas y congojas, las casas y los corazones de piedra [*sic*], lugar armado desde la ínfima plebe a la nobleza, con armas dobles de ánimo y de inclinación; rodeantes las murallas en coche, hermosa vista; a la una mano mirando la Ciudad la mar o la tierra; a la otra tiene vecinos montes, aunque de suerte que ni la embarazan ni la oprimen, dejando bastante espacio al valle para la recreación y provecho de la tierra, entre los cuales está Montjuich, la atalaya más eminente de aquella región; abundante el suelo por la Naturaleza sin que la industria de los hombres la riegue, ni tenga fácilmente de dónde, bien socorrido el lugar de todo género de alimentos y cuanto necesita el uso o la ostentación.³⁹

Muestra Palafox, una vez más, sus agudas dotes de observación. Como fiscal del consejo de Guerra, advierte que la muralla sería poco útil para una adecuada defensa. También se da cuenta del carácter guerrero de sus habitantes y de la proliferación de armas

³⁸ *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, II, cap. LXXII.

³⁹ *Diario del viaje a Alemania*, p. 54.

en poder de particulares. Constata que la ciudad está bien abastecida, por lo que podría resistir fácilmente un largo asedio. El tema del agua le preocupa.

No tiene río, sírvese de fuentes públicas, que guardan con llave por no ser tanta el agua que pueda desperdiciarse; el lucimiento de la gente bastante, el aliño de las mujeres mayor, la facilidad de los galanteos más que española es, dentro de los términos de la honestidad, fuera de los de recato. La llaneza de los bailes, cerdanas [*sic*]⁴⁰ y saraos sabe a Francia, fáciles las naciones vecinas de tomar lo peor de las otras, el pueblo regocijado si está contento, terrible si está enojado, loco en las carnestolendas, las cuales sólo en España se conservan, y en esta Nación [Cataluña] ayuda la Ciudad al público alborozo pagando los músicos repartidos por las esquinas y partes públicas para que conviden con el son al regocijo común; hácese máscaras, hombres y mujeres, nobles y plebeyos, relajados y virtuosos, y con grande seguridad de la honra y de la vida se entretienen, nunca se ha visto desgracia que corra sangre, desaparecida la ira por entonces de la alegría del tiempo.⁴¹

La falta de agua, como ya dije, le preocupa. La descripción del carácter de los barceloneses es exacta: tranquilos, si están contentos, terribles, si enojados (es lo que se ha denominado la “rauxa”). Le asombra la elegancia en el vestir, sobre todo de las mujeres, aunque apunta que le parece poco recatada, si bien dentro de los límites de la honestidad. Le sorprende el aire alegre de la vida ciudadana y que haya músicos por las esquinas; le admira la afición a disfrazarse por el carnaval y que no haya desgracias a pesar de las máscaras, y que no corra la sangre. El trato entre hombres y mujeres le parece excesivamente liberal, contagiado en este punto de la libertad francesa.

⁴⁰ Palafox escribe siempre “cerdana” en lugar de “sardana”. La etimología es dudosa, por varias razones, según reconoce Joan Coromines, que se inclina a suponerlo derivado de Cerdaña / Cerdanya. Entre las más antiguas menciones castellanas, desde 1573, hay tantas de cer- como de ar-, y una de çar-. Los diccionarios del siglo XVII prefieren cer-. En catalán se documenta cer- en Olot (1552), luego en Vic, sar-. A la dificultad geográfica para el supuesto origen, se une el di tinto modo de bailarse: parejas, entrelazamiento de brazos, etc., que permiten dudar de la identidad histórica de la danza. Aparte de lo que Palafox hubiera visto por escrito (Lope de Vega, Covarrubias...), cer- no se pronunciaba de modo aún generalizado en su época como en la actual, e decir como la consonante inicial de Zamora, zumo, etc., y bien pudo pensar que transcribía mejor con cer- el catalán sar-, dado que la *s* castellana no es igual a la catalana. Además, de de el iglo XVI el catalán confunde la pronunciación de cer- con la de sar- y esta es la forma gráfica generalizada para esta palabra, que obscurece el origen etimológico desde Cerdanya. (Agradezco al Prof. Fernando González Ollé sus valiosas indicaciones sobre la historia temprana de esta palabra).

⁴¹ *Diario del viaje a Alemania*, p. 54-55.

Los tres días de carnaval

Al día siguiente de llegar a Barcelona, el sábado 3 de febrero de 1630, la ilustre comitiva fue obsequiada con un gran torneo en la plaza de San Francisco, que la infanta y sus damas presenciaron desde el pasadizo (que tenía ochenta y siete ventanas con celosías, que daban a la plaza). Las señoras de Barcelona se aposentaron en una tribuna de madera levantada al efecto, debajo del pasadizo (que era elevado, como ya se dio) y enfrentada a la casa del virrey. Antes rindieron pleitesía a la reina el obispo de Barcelona, el cabildo, los oidores de la Audiencia, los diputados del reino y los consejeros del consejo de Ciento. Otra vez se planteó un pleito, a propósito de si los consejeros debían presentarse cubiertos o descubiertos a besar la mano de la reina. Parece, por el relato de Palafox, que fue el conde de Barajas, jefe del protocolo, quien provocó el entuerto, “por desviarles esta honra [de cubrirse ante la Reina]”. El torneo fue nocturno, con la plaza espléndidamente iluminada con más de mil hachas. La fiesta “fue sin duda alegre y lucida, y para de noche vistosa”.⁴²

Al día siguiente domingo, y durante tres días, se celebraron los carnavales, que aprovecha Palafox para manifestar sus puntos de vista sobre tales diversiones:

Los tres días siguientes se ejercitaron en el alegre regocijo de los vecinos de Barcelona en sus carnestolendas, andando por la Ciudad saltando y bailando hombres y mujeres con grande desembarazo y llaneza hechos máscaras; permitido cuanto se dice, tolerado cuanto se hace en Nación [Cataluña] tan vengativa y cruel, mal sufrida y belicosa; poseída entonces de furor y bacanal estruendo de este inquieto regocijo.⁴³

⁴² *Diario del viaje a Alemania*, p. 60. Un testigo de estas celebraciones escribió: “Estaba la plaza prevenida para las fiestas, y tan ricamente aderezada como dispuso la vigilancia de los señores diputados y requería la ocasión; y por parecer pequeña para tanta magestad, en dos días se alargó muchas varas y ocupaba un superfluo terraplano de la parte del muro, en que trabajaron trescientos hombres cada día. Estaba todo el sitio rodeado de tabladros curiosamente dispuestos, y particularmente uno que ocupaba el frontispicio de la casa del conde de Santa Coloma [antes Casa del Virrey]; estaba doce palmos alto de tierra y sus columnas arriba, para formar el sobrecielo, todo de damasco azul y amarillo, con la tapicería de la Diputación historia o fábula de Mercurio, que en su género y riqueza no se le sabe igual. Este tablado era para las señoras y damas de la reina únicamente” (Miquel Parets, *De los muchos sucesos que sucedió en Barcelona*, p. 54-55).

⁴³ *Diario del viaje a Alemania*, p. 61. Sobre la celebración de los carnavales en España, en la época que nos ocupa, *cfr.* Ignacio Arellano, *Mascaradas quijotescas*.

La actitud de Palafox hacia el carnaval no era positiva, como podía esperarse, sobre todo si toma en cuenta que, para las fechas en que realizó el viaje, ya era sacerdote desde hacía unos meses y se había producido su radical conversión interior. Años después, en 1654, cuando redactó las constituciones de la Santa Escuela de Cristo (una institución similar a los oratorios filipenses, a los que el venerable infundió una típica impronta barroca), estableció que los hermanos adscritos a ella en ningún caso podían participar en regocijos públicos como los desfiles carnavalescos, ni asistir a las corridas de toros.⁴⁴

Durante los tres días de carnaval, la reina vivió la costumbre, entonces muy extendida, de adorar el Santísimo Sacramento expuesto (“descubierto”) durante muchas horas, en desagravio por los excesos de las fiestas. El domingo 10 y el lunes 11, en la iglesia de los franciscanos, desde la tribuna de los Cardona; y el martes 12, en el colegio de los jesuitas, ahora desaparecido, denominado Col·legi de Cordelles, que estaba donde hoy se halla la Reial Acadèmia de Ciències i Arts, en la Rambla de los Estudios, entre la iglesia de Belén y la plaza de Cataluña.

El mismo martes 12, antes de acudir al colegio de los jesuitas, fue “a la iglesia mayor [la catedral] a visitar el cuerpo de Santa Eulalia, virgen valerosa que derramó su sangre por la Fe en tiempo de Diocleciano”.⁴⁵ El apunte es exacto, manteniéndose en los datos fehacientes, sin dar pie a los cuentos populares, a veces poco fundados, que añadieron detalles fabulosos al martirio de la santa, para realzar su heroísmo. En todo caso, y según una venerable tradición, sabemos que los restos de la virgen mártir fueron descubiertos por el obispo Frodoino, en 878, y que éste los trasladó solemnemente a la iglesia mayor de Barcelona.

Al caer la noche del martes 12, “y desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la mañana, sin levantarse de la silla, siempre alegre y gustosa”, la reina asistió en “el salón del pasadizo” (Sp en el croquis), desde detrás de una celosía que se hallaba en la misma pieza, a un sarao muy animado, que terminó “con el alegre baile de la cerdana [*sic*]”.⁴⁶

⁴⁴ Comunicación del doctor Fermín Labarga, 30.10.09. Para una primera aproximación a la historia de la Escuela de Cristo, *cf.* Fermín Labarga García, “Mons. García Lahiguera y la revitalización de la Santa Escuela de Cristo”, p. 455-459.

⁴⁵ *Diario del viaje a Alemania*, p. 61. Recuértese que la fiesta litúrgica de Santa Eulalia se celebraba y se celebra el 12 de febrero.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 61.

La cuaresma de 1630

La reina vivió con gran devoción y recogimiento la cuaresma de 1630, de lo que se admira Palafox alguna vez, destacando las veces que comulgó, cosa que en aquellos años no era tan habitual como ahora, y los sermones cuaresmales que oyó. Palafox refiere casi siempre el nombre del orador y el instituto religioso al que pertenece o su condición de clérigo secular, según los casos. En asunto de tanta trascendencia, como era predicar a la corte, se procuraba que alternasen los distintos institutos religiosos, para evitar agravios. Así la reina oyó a su confesor fray Diego de Quiroga, capuchino,⁴⁷ a fray Cristóbal de Torres, dominico, a fray Francisco de Pamplona, capuchino, a fray Alonso de Balsalobre, franciscano, al doctor Antonio Jimeno, secular, a fray Alonso Vázquez, mercedario, a fray Francisco de Torres, minorita observante, al padre Peñalosa, jesuita,⁴⁸ al maestro Gralla, mercedario, a don Luis Alfonso, secular, a fray Alonso Vázquez, franciscano, y otra vez a fray Diego de Quiroga, ya citado, en el aniversario de las exequias del rey Felipe III, y algún otro más que no es consignado por su nombre, sino sólo por su familia religiosa. La reina oyó, por tanto, más de doce sermones, que solían durar una hora, y, con ella, también los escucharon los principales miembros del cortejo. Podrá advertirse que la formación cristiana se impartía con gran generosidad, pues la oratoria sagrada, incluso en esa época ya tan conceptista, tenía siempre largos y profundos desarrollos dogmáticos; y aunque los asistentes no fuesen muy dados a la lectura de textos teológicos, es innegable que su preparación doctrinal-religiosa era superior.

Palafox detalla las visitas a comunidades religiosas (de hombres y de mujeres) que la reina llevó a cabo durante la cuaresma. Todos los monasterios y conventos, menos uno, han desaparecido. Unos cayeron poco después de la desamortización de los bienes eclesiásticos, decretada en 1835, y fueron víctimas del empuje comercial e industrial de la ciudad, que conoció un notable crecimiento urbano y demográfico a partir de 1840; alguno sucumbió durante

⁴⁷ Al parecer, la Reina María se empeñó en mantener a este capuchino como confesor, contra las pretensiones de los Habsburgo, que aducían que los confesores de la familia imperial siempre habían sido jesuitas. *Cfr.* María Prevosti Vives, *María d'Hongria a Barcelona*, p. 171.

⁴⁸ Éste era el jesuita elegido por la familia imperial como confesor de la reina, que se había desplazado desde Viena a Madrid para convencerla y que ahora se había unido a la comitiva, de regreso a Austria.

la Semana Trágica de 1909; y otros en los saqueos de 1936. La joya gótica de los templos desaparecidos era el convento dominico de Santa Catalina, que comenzó a construirse hacia 1243 en el lugar que ahora ocupa el mercado del mismo nombre. En él se veneraban los restos de San Raymundo de Penyafort, hoy depositados en la catedral.

La reina María estuvo en la iglesia de los jesuitas, como ya se ha dicho, y varias veces en la iglesia de San Francisco, girando una vez visita a la clausura de este convento.⁴⁹ Fue al convento de los mercedarios, que tenían fachada a la calle Ancha (todavía se conserva la iglesia y parte de su claustro, incrustado hoy en el edificio de Capitanía General) y allí le ofrecieron una espléndida merienda que la reina apenas probó; al monasterio de las hermanas franciscanas de la Tercera Orden, en cuya fundación había intervenido la reina Margarita, esposa de Felipe III, y madre de la reina María, que estaba en la calle Riera Alta esquina calle del Carmen;⁵⁰ al monasterio de las Junqueras, hoy desaparecido, en una manzana que está entre la plaza de Urquinaona y la vía Layetana,⁵¹ donde le dieron de merendar; al convento de los dominicos de Santa Catalina, donde no pudo venerar el cuerpo de San Raymundo de Penyafort, “porque decían que tenía una de las llaves el Rey” (las cajas de caudales y otras que contenían bienes muy apreciados, se cerraban con tres llaves, custodiadas, cada una, por personas distintas); a las clarisas del monasterio de Pedralbes, que se conserva tal como

⁴⁹ “[...] recibíenla los frailes con la cruz, dio vuelta a los claustro y holgó mucho de ver el que hizo San Francisco cuando vino a esta Ciudad en los primeros pasos de esta religión; era humilde y pobre como el corazón de este glorioso patriarca” (*Diario del viaje a Alemania*, p. 63). “A principio del siglo XIII (disputan los autores si en 1211 ó 1214) San Francisco de Asís vino a Barcelona [...]” (Cayetano Barraquer y Roviralt, *Las casas de religioso en Cataluña durante el primer tercio del siglo XIX*, I, p. 458). Un primer convento estuvo terminado en 1247 sobre un terreno cedido por las casas de Cardona y Espuny. Jaime I donó terrenos en el Arenal, en 1257, para ensancharlo. Los frailes eran entonces conventuales. Pasaron a la Obervancia en 1567. En 1774 Carlos III expropió la huerta, que se hallaba en el lado más alejado de la plaza de San Francisco, y construyó un fortín (hoy plaza de la Paz). El convento ha desaparecido y hoy ocupa su lugar el gobierno militar. Tampoco se conserva la iglesia. Después de ensanchar ligeramente la plaza de San Francisco, se edificó el resto del solar de la iglesia y del “pasadizo” a construir el palacio de los duques de Medinaceli, en la esquina de la plaza con la calle Anselm Claver (ante calle Dormitori de Sant Francesc).

⁵⁰ “El Jueves 14 fue a la Capuchina, fundada por la Serenísima Reina Margarita, su madre, en donde la tuvieron prevenida una merienda como de la religión” (*Diario del viaje a Alemania*, p. 64).

⁵¹ “[...] no guardan clausura las monjas; en ciertos casos no profesan más que castidad conyugal y obediencia, cámbianse casi todas y están decentemente guardadas en aquel noble estado hasta su colocación” (*ibidem*, p. 62). La iglesia del monasterio fue trasladada a la calle Aragón, donde se reconstruyó y es ahora la parroquia de la Concepción (donde se casaron mis padres en agosto de 1940).

estaba entonces, fundación de doña Elisenda de Moncada, reina de Aragón y esposa de Jaime II, donde se entretuvo la reina María muchas horas con algunas damas nobles que allí habían profesado, y comió en el monasterio y merendó; a los capuchinos de Santa Madrona “a poco espacio de la ciudad, en las faldas de Montjuich”, que “es de admirable sitio y vistas por su eminencia y por su aliño y lo frecuenta este día [15 de marzo] con gran concurso el pueblo de Barcelona”.⁵² La capilla de Santa Madrona, que se conserva, y el monasterio que ya ha desaparecido, se hallaban muy cerca del Palacio Nacional de Montjuic, entre éste y el Museo Etnológico. También fue a las carmelitas de la estricta observancia, que estaban en la calle Canuda; a las monjas benedictinas, que se hallaban en la Plaza de Sant Pere de les Puelles; a las monjas franciscanas de Jerusalén, ubicadas entonces en la Plaza de Gardunya, detrás del actual mercado de la Boqueria o de San José.

Palafox concluye su relación de la cuaresma de la reina, que da fin a su relato sobre Barcelona, con estas palabras: “[...] en estas y otras obras piadosas y en visitar conventos de religiosas y los demás santuarios que son notorios y grandes, por lo cual excuso referirlos, se entretuvo la Reina hasta fin de junio”.⁵³

Se percibe un evidente cansancio, y que el viaje no era de su gusto, aunque procuraba acomodarse a la voluntad del rey y de su valido el conde-duque de Olivares.⁵⁴

Me parece interesante destacar un hecho. En las visitas que giró a conventos o monasterios durante la cuaresma, la reina fue invitada a tomar merienda seis veces. Dos veces en domingo, una vez en lunes, otra en jueves, otra en miércoles y otra en viernes. En aquellos años obligaba un ayuno cuaresmal muy estricto, aunque la bula de la Santa Cruzada hubiese mitigado el ayuno y la abstinencia de los españoles que la compraban. La reforma de la bula,

⁵² *Ibidem*, p. 64. El 15 de marzo, precisamente cuando acudió la reina María a venerar a la Santa, se celebraba la fiesta litúrgica de Santa Madrona. La antigua capilla de Santa Madrona de Montjuic, que está documentada desde 1403, fue ofrecida a los capuchinos en 1563. En 1578 fue cedida a éstos definitivamente, al mismo tiempo que la ciudad tomaba el compromiso de levantar un nuevo convento, en los alrededores de la capilla. Pero, pocos meses después la dejaron para ir al nuevo convento de Santa Eulàlia. En 1619 retornaron los capuchinos, que edificaron allí una nueva iglesia, que es la que visitó la Reina María.

⁵³ *Diario del viaje a Alemania*, p. 65.

⁵⁴ Véase qué escribió algunos años después en su diario íntimo, cuando refiere las gracias que le concedió Dios en distintos momentos: “Por este tiempo (harto a los principios de tu vocación) ya sacerdote, le mandaron ir acompañando a una gran reina y muy santa, con puesto mayor del que él merecía; hizo una grande jornada por Europa y en toda partes le ayudó Dios y libró de grandes males y conervó los dictámenes de agradarle, de servirle y no ofenderle” (*Vida interior*, p. 83-84).

llevada a cabo por Gregorio XIII (1572-1585), mantuvo el ayuno tres días por semana: miércoles, viernes y sábado. Es extraño que la reina, siendo tan observante, haya merendado un miércoles y un viernes de cuaresma, a no ser que los reyes españoles tuviesen algún privilegio especial o se aplicase algún régimen diferente a los que estaban de viaje, o quedase dispensado el ayuno cuando el rey o la reina visitaban una comunidad religiosa. En todo caso, Palafox lo reseña sin comentarios. Y esto es importante, porque por aquellas fechas él ya se había comprometido a duras austeridades, después de su “conversión”. En su diario íntimo dice, en tercera persona: “Guardaba las cuaresmas de san Francisco glorioso y casi todo el año ayunaba y apenas eran doce días los que comía carne”.⁵⁵ Y en una nota que ha introducido el editor de este diario íntimo, comenta Francisco Lorente, cura de la catedral de la Puebla de los Ángeles y familiar de Palafox, que depone en la causa de beatificación: “Ayunaba todo el año; y en los días de Cuaresma, ayunos de precepto; los viernes, sábados y vísperas de las fiestas de la Virgen, a pan y agua; muchas veces no hacía colación, y su comida era regularmente de legumbres”. Es de suponer que durante el viaje a Alemania no pudo aplicarse a un régimen tan severo, porque no le gustaba que sus penitencias se notaran, pero, en todo caso, no le pasó inadvertido el quebrantamiento del ayuno por parte de la reina, y nada dijo al respecto.

LA COMITIVA SE HACE A LA VELA

Llegaron por fin las galeras de España, Nápoles, Génova y alguna de Sicilia, al mando de don Melchor de Borja, hermano del duque de Gandía. En total, la expedición constó de veinticinco galeras, a las cuales se sumó otra que se construyó y se bendijo en Barcelona, donde tenía sus instalaciones un importante astillero (les Drassanes Reials), que todavía se conserva, de muy hermosa factura gótica. Para facilitar el acceso de la reina a la capitana real, se construyó una larga escala desde el pasadizo de la muralla hasta la nave. Las veintiséis naves se hicieron a la mar el 16 de junio de 1630.

Conviene reseñar que en la expedición embarcaron cuatro cardenales: Gil de Albornoz, Agustín Espínola, Baltasar de Moscoso y Sandoval, y Juan Bautista Pamfili (Panfilio Doria), que más tarde, en 1644, sería nombrado papa, con el nombre de Inocencio X. La

⁵⁵ *Ibidem*, p. 71

amistad y la mutua simpatía entre Palafox y el futuro papa serían de gran utilidad al venerable, porque a Inocencio X se dirigió en tres ocasiones mientras fue obispo de Puebla, narrando las dificultades que tenía en su gobierno, sobre todo con la Compañía de Jesús, y pidiendo amparo. La tercera de las cartas, escrita en enero de 1649, poco antes de abandonar Nueva España, conocida con el sobrenombre de la *Inocenciana*, ha sido un obstáculo casi insuperable durante trescientos años para la causa de beatificación de Juan de Palafox, hasta que por fin, con la aprobación primero del decreto de virtudes y luego del milagro, la causa quedó expedita, a finales de junio de 2009, y fue beatificado el 5 de junio de 2011.

No me corresponde seguir con la narración del viaje. Sólo debo reseñar que en Nápoles, donde se detuvo tanto tiempo la expedición, la reina María fue retratada por Diego Velázquez, en un espléndido retrato que se puede admirar en el museo del Prado.⁵⁶

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO, *Relación de la entrada de Phelipe IV rey de España en la ciudad de Barcelona para hazer el juramento acostumbrado, y juntamente el successo de las cortes que tuvo en ella el año 1626*, Biblioteca Universitària de Barcelona, ms. 1009.
- ARELLANO, Ignacio, *Mascaradas quijotescas*, Pamplona, “Pliegos volanderos” del GRISO (Universidad de Navarra), 2004.
- CRUZ DE ARTEAGA y FALGUERA, Cristina de la, *Una mitra sobre dos mundos. La de don Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla de los Angeles y de Osma*, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla-Comisión Puebla V Centenario, 1992.
- BARRAQUER y ROVIRALTA, Cayetano, *Las casas de religiosos en Cataluña durante el primer tercio del siglo XIX*, 2 v., Barcelona, Imprenta de Francisco J. Altés y Alabart, 1906.
- BOLÒS, Jordi, *Diccionari de la Catalunya medieval (ss. VI-XV)*, Barcelona, Edicions 62, 2000.
- CASAYAS I GUILLEM, Francina, *Els Convents desapareguts a la Barcelona del segle XIX (1808-1874)*, tesis doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1985 (*pro manuscripto*).
- CASADEMUNT, Adriano, *Santa Catalina. Recopilación y ampliación de los borradores de la monografía de la iglesia y claustro del derruido convento de los Padres dominicos de Barcelona que practicó en 1837 D. José*

⁵⁶ Cfr. Enriqueta Harris-John Elliott, “Velázquez and the Queen of Hungary”.

- Casademunt*, prólogo de Elías Rogent, Barcelona, Tipografía F. Giró, 1886.
- CLASCAR, Pau, *Felicíssima entrada del Rey Nuestro Señor en la muy insigne y siempre leal ciudad de Barcelona, cabeça y princessa del Principado de Cataluña. Y sumptuoso recebimiento, fiestas y regozijos que la dicha ciudad y nobleza ha hecho a su real persona*. Barcelona. En casa de Sebastian y Iayme Matevad, 1626.
- DURAN I SANPERE, Agustí, “El Real Monasterio de Santa María de Pedralbes”, en *Barcelona. Boletín de la Sociedad de Atracción de Forasteros*, 39 (1920), 9-35.
- , *Barcelona i la seva historia*, 3 v., Barcelona, Editorial Curial, 1972-1975.
- DURAN I SANPERE, Agustí, y Josep Sanabre (eds.), *Llibre de les solemnitats de Barcelona. Edició de l'arxiu històric de la ciutat*, II (1564-1719), Barcelona, Institució Patxot, 1947.
- ESCUDERO, José Antonio, *Felipe II. El Rey en el despacho*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2002.
- FERNÁNDEZ GRACIA, Ricardo, *El Venerable Juan de Palafox (Fitero, 1600-Burgo de Osma, 1659). Semblanza biográfica*, Pamplona, Asociación de Amigos del Monasterio de Fitero, 2000.
- HARRIS, Enriqueta, y John Elliott, “Velázquez and the Queen of Hungary”, en *Burlington Magazine*, 118 (1976), 24-26.
- LABARGA GARCÍA, Fermín, “Mons. García Lahiguera y la revitalización de la Santa Escuela de Cristo”, en Josep-Ignasi Saranyana *et al.* (eds.), *El caminar histórico de la santidad cristiana. De los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2004, p. 455-466.
- MÁRQUEZ PEMARTÍN, Claudia, “Conversación en México con Ernesto de la Torre Villar”, en *Anuario de Historia de la Iglesia*, 7 (1998), 321-345. Reproducido en Elisabeth Reinhardt (ed.), *Historiadores que hablan de la Historia. Veintidós trayectorias intelectuales*, Pamplona, EUNSA, 2002, p. 235-269.
- MARTINELL, Cèsar, *Arquitectura i escultura barroques a Catalunya*, 3 v., Barcelona, Alpha (Monumentae Cataloniae, 10-12), 1959-1963.
- MOLAS RIBALTA, Pere, “La Duquesa de Cardona en 1640”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 29 (2004), 133-143.
- Monasterios de Catalunya*. Barcelona, www.monestirs.cat/monst/bcn/cbn00barc.htm, consultado el 31 de octubre de 2009.
- NARVÁEZ CASES, Carme, *El tracista fra Josep de la Concepció (1626-1690)*, Barcelona, Curial Edicions Catalanes-Abadia de Montserrat, 2004.
- PALAFOX y MENDOZA, Juan de, *Diario del viaje a Alemania*, prólogo, transcripción y notas de Cristina de Arteaga, Pamplona, Asociación de Ami-



gos del Monasterio de Fitero, 2000. Esta obra permaneció inédita hasta 1935, en que la descubrió y publicó Cristina de Arteaga (Madrid, Blass, S. A. Tipográfica, 1935).

———, *Vida interior*, introducción y revisión del texto por Tomás Álvarez, Burgos, Ediciones Monte Carmelo, 2003.

PARETS, Miquel, *Crónica de Miquel Parets, XX* (v. 1), Madrid, Memorial Histórico Español, 1888. Es la versión castellana de Miquel Parets, *De molts successos que han succeït dins Barcelona i en molts altres llocs de Catalunya dignes de memoria* (26 març 1626-20 octubre 1645), Biblioteca Universitària de Barcelona, ms. 224.

PAULÍ MELÉNDEZ, Antoni, *El Reial Monestir de Santa Maria de Jerusalem de Barcelona (1454-1970)*, Barcelona, [s/ed.], 1970.

PREVOSTI VIVES, Maria, “Maria d’Hongria a Barcelona. Exemple de rebuda d’un personatge reial a la Barcelona del segle XVII”, en *Pedralbes. Revista d’història moderna*, 18/2 (1998), 169-178.

SARANYANA, Josep-Ignasi, “Ernesto de la Torre Villar (1917-2009) in memoriam”, en *Anuario de Historia de la Iglesia*, 18 (2009), 424-427.

SIMÓN TARRÉS, Jordi, y Jordi Andreu i Sugranyes, “La población de Barcelona en los siglos XVI y XVII. Una aproximación”, en Jordi Nadal Oller (coord.), *Actas del II Congreso de la Asociación de Demografía histórica. Alicante, abril de 1990*, III, Alicante, Universitat de València (Seminari d’Estudis sobre la Població del País Valencià. Instituto Alicantino Juan Gil-Albert), 1991, p. 259-278.

TORRAS I TILLÓ, Santi, *Els Ducs de Cardona. Art i poder (1575-1690): una proposta d’estudi i d’aproximació a la història, art i cultura a l’entorn de la casa ducal en l’època moderna*, tesis doctoral, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1997 (*pro manuscripto*).

TORRE VILLAR, Ernesto de la, *Don Juan de Palafox y Mendoza. Pensador político*, México, UNAM, 1997.

VERGÉS I FORNS, Tomàs, *Les Jerònimes de Barcelona*, Barcelona, Monestir de Sant Maties, 1988.